

HIZO DEL SABER CIENTIFICO UN SABER MAS Y UN SABER MEJOR

por el Dr. JOAQUÍN LUCO

De la Facultad de Medicina de la Universidad Católica

Una vez vislumbé el por qué el profesor Lipschutz hizo de nuestra tierra, su tierra.

Lo ví, por primera vez, una mañana del otoño de 1931. Respondí a un llamado en la puerta del laboratorio de Fisiología Experimental de la Universidad Católica de Chile, y viví la fantasía de un sueño de niño. El sabio llegaba a visitarnos. Ví una inmensa cabeza. Sus raíces desde la madre tierra bebían naturaleza. Hacia lo alto, sus llamas obsequiaban sabiduría finamente labrada.

Tenía ojos profundos de mirada penetrante en el azul. Tenía rostro fuerte, de gesto bondadoso.

Así lo ví la primera vez.

Así lo he visto siempre.

Así le estoy viendo ahora, treinta y tres años después. Y así comprendí: su recia personalidad fue esculpida en un macizo cordillerano, cuya entraña era un volcán de rara lava... lava que al pasar, arrasa y deja luz, la luz de la razón.

Y así comprendí: su personalidad era similar en altura y profundidad con los Andes que hacen Chile.

Mi primer viaje de estudio lo hice a Concepción, porque ahí estaba el profesor Lipschutz. Hace justo 30 años. Para él, fueron otros quince días. Para mí, una etapa, muy corta para saber más fisiología; pero rica en formación, porque supe como era Lipschutz.

Su laboratorio lo sentí impregnado de su fuerte personalidad; en cada rincón estaba él. No había grandes aparatos, había grandes ideas.

Ví como con técnicas sencillas abordaba complicados y fundamentales problemas de la fisiología de las glándulas endocrinas. Ya había publicado su clásico libro sobre la secreción interna de las glándulas sexuales.

En Dorpat estudió principalmente la secreción interna de la gónada masculina y en Concepción completó su obra con el estudio de las hormonas femeninas.

Lo ví también a menudo en su primer laboratorio de Santiago. Era una casa baja, amarilla, linda quizá, a fines del siglo pasado.

Yo imagino, cuando en el año 1937 el profesor Lipschutz llegó a ella, tendrían más o menos la misma edad. La casa pareció entenderlo y rápidamente fue siendo otra. Los grandes y los chicos ya no salían

a la calle con sus sillas, en espera de un "algo" que nunca ocurría.

La casa rejuvenecía. De baja y amarilla por fuera, por dentro se hacía más digna y tomaba color de vida llena.

El espíritu de trabajador incansante y de pensador sabio de su nuevo señor, trascendía a ella. De noche sus paredes seguían dando el eco del saber y del querer saber más.

Dicen que la casa vieja y amarilla lloró como un niño cuando Lipschutz trasladó su laboratorio a otra muy distante y de distinto color por fuera. Dicen que, poco después, esa casa vieja, nacida en la empedrada calle Maestranza, moría de pena en la Avenida Portugal.

Desde esa vetusta casa, el hombre supo más sobre el oscuro problema biológico de los tumores experimentales, y ese saber más, lo llevó de una altura a otra; y le permitió ver, hacia lo lejos, una nueva ruta de poder sobre el cáncer que mata.

En esa vetusta casa se concibió la malignidad de un tumor como producida, a lo menos en parte, por un desequilibrio homeostático debido a trastornos de las secreciones endocrinas.

Mas, señoras y señores, fui designado orador en este acto académico no para hacer gala de la sincera amistad que el profesor Lipschutz me ha obsequiado generosamente durante muchos años, ni para referirme a sus varios laboratorios; sino que para hablar de su vida científica.

He decidido no cumplir con el encargo.

La petición que me formularon era justa dentro del ritual de un acto académico de esta naturaleza. Pero en el caso presente, está de sobra.

Venir aquí a decirnos "el profesor Lipschutz es un gran hombre de ciencia", me ha parecido innecesario, casi irrespetuoso.

Innecesario, porque ustedes lo sabían.

Innecesario, porque ustedes no vinieron a oír tan inequívoca afirmación.

Innecesario, porque ustedes vinieron a expresarle un agradecimiento.

Yo quisiera interpretar, ser simplemente el vocero de este sentimiento y quisiera hablar por ustedes:

Alejandro Lipschutz:

Te agradecemos, porque hiciste del saber científico un saber más y un saber mejor.

Te agradecemos, porque tu labor de investigador la ejecutaste en ésta, nuestra madre tierra.

Te agradecemos, porque junto con tu ciencia, trajiste desde Europa, la textura de un saber ecuménico impregnada en añosa cultura humanística y la reparaste por ésta, la tierra nuestra.

Como los Andes que hacen Chile.

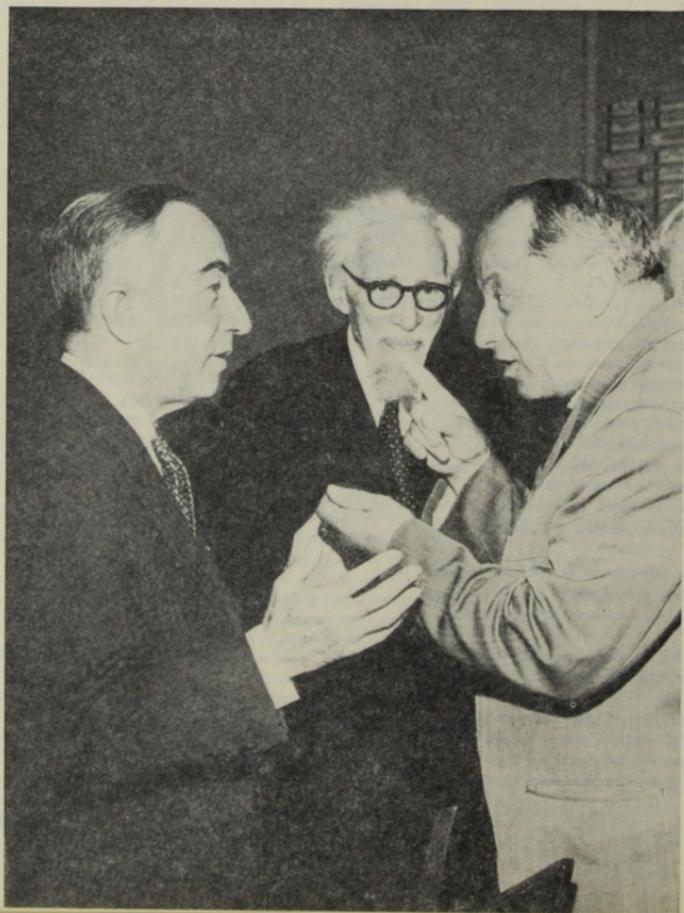
Como los Andes que hacen Chile.

Tú también, profesor, has hecho Chile.

Tú también Sasha —como lo llama con cariño su encantadora esposa— tú también Sasha, has hecho Chile.

Gracias por ello.

Y gracias en nombre de la Facultad de Medicina de la Universidad Católica de Chile y de la Sociedad de Biología de Santiago de Chile.



Moscú, 1962: prof. Simeonides, cancerólogo de la Universidad Aristóteles de Salónica, el prof. Lipschutz, y el prof. Sáríkov.